

La Comédiathèque

Un pueblo tan bonito

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para su lectura.
Antes de cualquier utilización pública, profesional o amateur, deberá
obtenerse la [autorización del autor](#).**

Un pueblo tan bonito

Jean-Pierre Martinez

El pueblo de Castelviejo quedará mañana sumergido bajo las aguas de una presa. Todos sus habitantes han sido evacuados. Los vivos... y también los muertos. Es entonces cuando un macabro hallazgo despertará de nuevo las sospechas en torno a un misterioso asunto que se creía enterrado para siempre. En vísperas de su desaparición, este pueblo aún no ha revelado todos sus secretos....

Reparto

Luisa: alcaldesa del pueblo
Dani: primera teniente de alcalde
Cris: dueña del bar
Tomás: curé du village
Fran: agricultora
Álex: directora de la funeraria
Manuel: jefe de proyecto de la presa
Sam: periodista

Repartos posibles:

3H/5M, 4H/4M, 5H/3M, 6H/2M, 7H/1M, 8H

*A excepción del jefe de proyecto y del cura, que son hombres,
los personajes pueden ser indistintamente masculinos o femeninos.
En esta versión, todos los personajes de sexo indistinto son mujeres.*

El bar del pueblo de Castelviejo. Detrás de la barra, Cris, la dueña, seca unos vasos con la mirada perdida. Es una mujer de unos sesenta años, de aspecto algo masculino. El padre Tomás, apoyado en la barra, termina su vaso de vino tinto.

Cris – ¿Le pongo otro, padre?

Tomás – Venga...

Cris – Créame, está mejor que el vino de misa...

Tomás – ¿Y usted cómo lo sabe? Nunca la veo en misa...

Cris – Si fuera a la iglesia, ¿quién se ocuparía del bar?

Tomás – Tiene razón. En cierto modo, nos repartimos el trabajo. Yo me ocupo de los buenos cristianos y usted, de las ovejas descarriadas...

Cris le llena el vaso al cura.

Cris – Por lo menos, esto no nos lo quitarán los alemanes.

Tomás – ¿Los alemanes?

Cris – ¡Los de la empresa que está construyendo la presa! Por lo visto, es un grupo alemán.

Tomás – ¿Por lo visto...? Cuando se quiere matar al perro, se dice que tiene rabia...

Cris – Pues este perro es un pastor alemán, se lo digo yo...

Tomás – Alemán o no... ¿Qué más da?

Cris – Primero vinieron de vacaciones y empezaron a comprarnos las casas. ¡Ahora vienen con sus excavadoras para hundirlas bajo toneladas de agua!

Tomás – Es muy triste, todo esto. Pero tampoco la vimos a usted en las reuniones. Y no firmó la petición...

Cris – ¿Yo? No puedo enemistarme con la mitad de mis clientes. Así que soy como los suizos: neutral. Pero eso no me impide tener mi propia opinión...

Pausa.

Tomás – ¿Y qué va a hacer ahora?

Cris – He llevado este bar toda mi vida... No me veo empezando de cero. Me han indemnizado bastante bien. Voy a aprovechar para jubilarme. Al fin y al cabo, ya tengo la edad...

Tomás – Entonces tendrá tiempo para venir a misa...

Cris – Desde luego, no a su iglesia nueva.

Tomás – ¿No piensa instalarse en el pueblo nuevo?

Cris – Siempre he vivido aquí. No me veo mudándome a diez kilómetros, a un pueblo recién construido que, encima, lleva el mismo nombre que este. No, no creo que me quede por la zona.

Tomás – Lo entiendo...

Cris – Y en cuanto a ir a misa... La Iglesia no siempre ha sido muy comprensiva con las mujeres como yo...

Tomás – ¿Las mujeres como usted...?

Entra Dani, la primera teniente de alcalde. Es una mujer de aspecto cuidado, aunque un tanto estirado. Su edad es indiferente.

Dani – Buenos días, Cris. Padre Tomás...

Cris – Señora primera teniente de alcalde...

Dani – ¿Soy la primera?

Cris – Pues no, porque yo ya estaba aquí. Y el señor cura también...

Dani – Perdona. Quería decir...

Cris – Ah, sí, ya sé. Yo formo parte del mobiliario.

Dani – Yo diría más bien que eres todo un monumento, Cris.

Cris – Sí, un monumento histórico. Una obra maestra en peligro, incluso.

Tomás – Como nuestra pobre iglesia...

Dani – Tú eres la memoria de este pueblo, Cris. Y usted también, padre Tomás.

Cris – Una memoria ya bastante deteriorada... y que pronto se borrará por completo.

Dani – Es verdad que tú también habrás oído de todo durante todos estos años, Cris.

Cris – No te haces una idea... Pero, como el señor cura, estoy obligada a guardar el secreto de confesión. ¿Qué te pongo, Dani?

Dani – Un anís. Con poca agua.

Cris – Agua... Dentro de unos días, todo el pueblo quedará ahogado en agua, como un vulgar anís... Y no puede decirse que desde el ayuntamiento hayáis hecho gran cosa para evitarlo...

Dani – Eso no es verdad, Cris. Y es un poco injusto que digas eso...

Cris – Hace treinta años, el alcalde consiguió salvar el pueblo.

Dani – Eran otros tiempos. El petróleo corría a raudales. Las minas de carbón funcionaban a pleno rendimiento. Hoy, con el calentamiento global, la política energética ha cambiado...

Cris – ¿Y por eso tenemos que aceptar sin decir nada que borren nuestro pueblo del mapa?

Dani – Los ecologistas acusaban al Gobierno de no hacer nada para reducir las emisiones de carbono... Ahora que se están tomando medidas drásticas para reducirlas, nos reprochan que pongamos en peligro a unas cuantas especies protegidas.

Cris – ¿Especies protegidas...? ¿Y a nosotros quién nos protege?

Dani – Si hay que sacrificar unos cuantos pueblos para salvar el planeta...

Tomás – ¿Y dinamitar una iglesia del siglo XII, declarada monumento histórico...?

Dani – No nos han dejado otra opción, y usted lo sabe. Es una decisión que viene de muy arriba.

Cris – Sí, claro... De más arriba todavía que su jefe, señor cura.

Tomás – En fin, si es para salvar el planeta...

Cris – Y seguro que algunos sacarán tajada, como siempre.

Dani – Eso es un juicio de intenciones, Cris. No irás a empezar tú también...

Tomás – Es verdad... Yo creía que era usted neutral...

Cris – Dentro de unos días, en este bar solo se servirá agua, y será a las carpas y a los lucios. ¿Crees que todavía me preocupa perder clientes?

Entra Luisa, la alcaldesa. Es una mujer de unos treinta años, de elegancia aristocrática.

Cris – Ah, señora alcaldesa. Precisamente estábamos hablando de usted...

Luisa – Buenos días a todos... Esperaba que fuéramos algunos más en esta última reunión... Pero comprendo que algunos no hayan tenido ánimos para venir.

Cris – La verdad es que celebrar un pleno municipal en un bar para certificar la desaparición del pueblo no es algo que se vea todos los días.

Luisa – No es exactamente un pleno municipal. Por desgracia, todas las decisiones están ya tomadas... Esto sería más bien...

Entra Fran, agricultora de entre treinta y cuarenta años.

Fran – ¿Una fiesta de despedida?

Tomás – Buenos días, Fran.

Luisa – Además, tampoco se puede decir que el municipio vaya a desaparecer. Castelviejo seguirá existiendo.

Cris (irónica) – Sí... Con el nombre de... Castelnuevo.

Fran – Castelnuevo... Qué derroche de imaginación...

Dani – Le recuerdo que el nuevo nombre del pueblo se debatió en un pleno municipal y que fue aprobado mediante votación.

Tomás – Yo prefería San Salvador de Castelviejo, ya que así se llama nuestra iglesia, pero me dijeron que sonaba demasiado religioso para el nombre oficial de un municipio.

Cris – Y además, eso de llamar San Salvador al pueblo que va a sustituir a otro que quedará sumergido bajo las aguas de un embalse... A algunos podría parecerles bastante irónico.

Fran – Sí, estamos muy lejos de Moisés salvado de las aguas...

Tomás – En cierto modo, el pueblo sí se ha salvado, puesto que renacerá río arriba...

Cris (*irónica*) – Ya... Visto así, casi podríamos hablar de un milagro...

Luisa – Su parroquia tampoco desaparecerá, padre. Tendrá una iglesia completamente nueva. Y serán las mismas campanas las que repiquen en el campanario.

Fran – Bueno... Si todo está ya decidido, ¿para qué estamos aquí exactamente? Todos los habitantes han sido evacuados. Mañana derribarán todos los edificios y lo que quede del pueblo será engullido por las aguas.

Luisa – Sé que te oponías a este proyecto, Fran. Al principio yo tampoco estaba a favor, y lo sabes.

Fran – Todas mis tierras están alrededor del pueblo. Quedarán inundadas con él. Buenas tierras, que ya cultivaba mi padre y que durante siglos nos han dado unos frutos magníficos...

Luisa – Soy plenamente consciente del trauma que esto supone para ti... y para muchos otros.

Fran – Pero, por una de esas casualidades milagrosas, tus tierras están río arriba...

Dani – ¿Y qué?

Fran – Dentro de unas semanas, en lugar de acabar bajo el agua, estarán a orillas de un lago... Ya han duplicado su valor y, quién sabe... Puede que mañana, por una simple decisión de la alcaldesa, es decir, tuya, pasen a ser terrenos urbanizables...

Luisa – ¿Estás insinuando que apoyé este proyecto por interés personal?

Fran – Lo que está claro es que empezaste a comprar esas tierras mucho antes de que este nuevo proyecto de presa se hiciera público. O tienes un olfato extraordinario para los negocios, o tuviste acceso a información privilegiada antes que nadie. Y, en ese caso, podrías haber cometido un delito.

Tomás – Vamos, calmaos las dos. Nadie deseaba la desaparición de este pueblo.

Luisa – Mi padre, que fue mi predecesor en la alcaldía, ya salvó este pueblo de quedar sumergido hace unos treinta años. Mi familia no tiene que aceptar lecciones de la tuya sobre este asunto, Fran.

Dani – Entonces ganamos una batalla. Por desgracia, ahora acabamos de perder la guerra. Así que, en lugar de malgastar nuestras fuerzas en una lucha perdida de antemano, lo importante es salvar todo lo que se pueda y mirar hacia el futuro.

Fran – ¿Y nuestro futuro consiste en vivir en una urbanización nueva, mientras un pueblo cargado de historia, nuestro pueblo, el pueblo de nuestros antepasados, desaparece del mapa?

Dani – No hacemos más que acatar una sentencia judicial.

Luisa – Una sentencia que, debido a nuestra firme oposición, recurrimos hasta el Tribunal Supremo. Hemos agotado todas las vías legales. Así que estar a favor o en contra... ya no tiene sentido. Ahora debemos mantenernos unidos para afrontar esta dolorosa transición de la mejor manera posible...

Entra Manuel, el director del proyecto de construcción de la presa. Es un hombre de unos sesenta años, de aspecto deportivo. Todos los presentes parecen un tanto sorprendidos.

Manuel – Buenos días a todos...

Fran – Hablando del rey de Roma...

Luisa – Buenos días, Manuel. Gracias por aceptar nuestra invitación. No tenía por qué venir...

Manuel – No he querido eludir mis responsabilidades.

Cris – Como suele decirse... El asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Aunque la primera vez la víctima consiguió escapársele, ¿verdad, señor Narváez...?

Dani – Me parece que hay cierto doble sentido en ese comentario...

Manuel – Cuando se planteó el primer proyecto de presa, yo ya participé en los estudios preliminares, como joven ingeniero.

Cris – Y ahora es usted el director del proyecto...

Manuel – Eso fue hace treinta años... O no he cambiado nada, lo cual sería muy halagador para mí, o usted tiene una memoria prodigiosa para las caras.

Cris – Soy dueña de un bar... Venía usted por aquí a menudo. Me acuerdo de que siempre tomaba una gaseosa con granadina. ¿Qué le pongo?

Manuel – Lo mismo...

Cris busca algo detrás de la barra.

Fran – Gaseosa con granadina... Al menos ha sabido conservar su alma de niño...

Cris – No me diga que, cuando era pequeño, ya soñaba con sumergir el planeta bajo las aguas, como Dios Padre con el diluvio...

Manuel – Estoy dispuesto a responder a todas sus preguntas, si todavía tienen alguna.

Un momento de incomodidad.

Manuel – Pero, si mi presencia no es bienvenida, también lo entenderé. Solo tienen que decirlo...

Fran – Reconozco que valor no le falta. O descaro, según se mire... Pero, ahora que está aquí...

Cris – Lo siento, ya no me queda granadina. Ni gaseosa. Así que ¿qué va a tomar?

Fran – ¿Champán...?

Manuel – Un zumo de frutas. El que tenga...

Cris – ¿Zumo de manzana...? Es de una pequeña productora local...

Cris le sirve un zumo de manzana.

Fran – La pequeña productora local soy yo.

Manuel – Ya lo había entendido.

Fran – Pues aprovéchelo, porque no va a volver a beberlo en mucho tiempo.

Dani – Ya basta, Fran. Este señor no tiene la culpa de todo esto. Es el director del proyecto, pero no es él quien toma las decisiones políticas.

Fran – Pero será usted quien prenda la mecha de la dinamita y abra de par en par las compuertas para sumergir definitivamente bajo las aguas las ruinas de nuestro pueblo.

Manuel – No directamente, pero... sí, seré yo quien dé la orden. No me producirá ninguna satisfacción, pero asumo esa responsabilidad. Esta presa producirá la electricidad necesaria para abastecer a una ciudad de cincuenta mil habitantes, con una huella de carbono prácticamente nula. Todos debemos movilizarnos para luchar contra un calentamiento global que está llevando nuestro mundo a la perdición. Y, para lograrlo, todos tendremos que hacer sacrificios.

Fran – Pero algunos tendrán que hacer más sacrificios que otros.

Dani – Es lo que se llama el interés general.

Fran – El interés general... significa que los pequeños siempre acabamos pagando las barbaridades de los grandes. Yo no soy más que una pequeña productora ecológica. Hace años que utilizo energía solar y vehículos eléctricos. Yo ya he hecho mi parte para salvar el planeta. En cambio, su jefe, antes de ponerse al frente del grupo alemán para el que usted trabaja, dirigió TotalEnergies. ¿Es verdad o no?

Manuel – Es verdad.

Fran – Se ha pasado la vida promoviendo los combustibles fósiles y ahora se convierte a la energía hidráulica y a las energías limpias. ¿Por qué? Porque serán las que más dinero den en los próximos años. Deje de hacerse el héroe, señor Narváez. Usted no está aquí para salvar el mundo, sino para salvar los dividendos de los accionistas de su grupo.

Manuel – Le sorprenderá, pero... estoy de acuerdo con usted. Por desgracia, hay que ser realistas. No serán los soñadores quienes salven el planeta. Para que la ecología se tomara realmente en serio, tenía que convertirse en un negocio rentable. Ahora lo es, y no podemos más que alegrarnos...

Entra Sam. Es una mujer de unos treinta años – alguno más, alguno menos—, vestida de forma un tanto excéntrica.

Sam – Buenos días a todos... Espero no molestar...

La alcaldesa parece sorprendida.

Luisa – Depende... ¿Quién es usted?

Sam – Sam Valdés, periodista de El Imparcial.

Cris – El Imparcial... ¿Todavía existe?

Luisa – No recuerdo haber convocado a la prensa...

Se vuelve hacia su primera teniente de alcalde con aire de reproche.

Dani – Yo no he tenido nada que ver, se lo aseguro...

Fran – Se puso en contacto conmigo hace unos días, en mi calidad de concejala responsable de comunicación... Fui yo quien le pidió que viniera.

Luisa – Podría habérselo comentado...

Fran – Me parecía necesario que hubiera un testigo oficial para dejar constancia de esta ceremonia fúnebre. Al fin y al cabo, hoy estamos enterrando nuestro pueblo... Alguien tiene que contar este triste acontecimiento para que las generaciones futuras sepan lo que ocurrió realmente aquí...

Sam – Sé que todos están pasando por un momento difícil. Procuraré ser discreta, no se preocupen.

Cris – Una periodista discreta... Eso sí que sería una novedad...

Sam – Por favor, hagan como si yo no estuviera.

Luisa prefiere ignorar a Sam y retoma la conversación donde la había dejado, dirigiéndose a Manuel.

Luisa – Todos sabemos que está haciendo cuanto puede para que todo salga lo mejor posible, Manuel... y se lo agradecemos. Entonces, ¿en qué punto estamos?

Manuel – Todo está preparado para iniciar el llenado del embalse. Los elementos arquitectónicos y los objetos de valor que podían transportarse han sido trasladados a un lugar seguro.

Tomás – Entre ellos, las campanas de la iglesia, las vidrieras, las pinturas...

Luisa – ¿Y la estatua de Juan Carlos?

Sam parece sorprendida.

Sam – ¿Juan Carlos? ¿El rey?

Fran – Juan Carlos de la Fuente. El padre de Luisa y su antecesor en la alcaldía. No salvó a España de la Guerra Civil, pero... sí salvó nuestro pueblo de un primer proyecto de inundación hace unos treinta años...

Manuel – La estatua y su pedestal serán trasladados mañana a primera hora.

Luisa – ¿Y todos los habitantes han sido evacuados?

Manuel – Absolutamente todos... Todos los vivos, al menos...

Sam – ¿Los vivos?

Tomás – No vamos a dejar que nuestros muertos queden sepultados por segunda vez bajo las aguas. También hay que abrir las tumbas y trasladar los restos al cementerio del nuevo pueblo.

Sam – Vaya... Esto parece La noche de los muertos vivientes...

Dani – Menos mal que nos había prometido ser discreta...

Luisa – La funeraria es la encargada de esta delicada operación. Por cierto, ¿cómo van las cosas por ese lado?

Dani – La directora de la funeraria me ha llamado hace un rato. Quería asistir a nuestra reunión para informarnos de un problema delicado.

Luisa – ¿Un problema? ¿Qué problema?

Dani – No me lo ha dicho. Quería explicárnoslo en persona. Ah, precisamente, aquí está...

Entra Álex, la directora de la funeraria. Es una mujer de unos cuarenta años, vestida con austera elegancia.

Luisa – Ah, señora Ventura... No esperábamos verla aquí esta noche...

Fran – Al fin y al cabo, puesto que hemos venido a despedirnos para siempre de nuestro pueblo, la presencia de una representante de la funeraria me parece de lo más apropiada.

Álex – Buenas noches a todos y... en nombre de Funeraria Ventura, permítanme expresarles mi más sentido pésame.

Tomás – ¿Su pésame...?

Álex – Perdonen, es la costumbre. Quería decir...

Luisa – Creo que ya conoce a todo el mundo...

Álex – Trabajo en coordinación con el señor Narváez para el traslado de los restos. Y, por lo que respecta a nuestro pueblo, creo poder decir que conozco a todas las familias que viven aquí. Ya saben, tarde o temprano, todo el mundo acaba necesitando nuestros servicios...

Luisa – Claro... Y... creo que quería informarnos de un pequeño problema...

Álex – Así es... Un... pequeño problema.

Luisa – La escucho...

Álex – ¿Podría hablar un momento con usted en privado, señora alcaldesa?

Fran – A estas alturas, no creo que tenga sentido seguir ocultando a los vecinos información importante. Así que nada de secretos de confesión, ¿verdad, padre Tomás?

Tomás – Por desgracia, ¿qué podría pasarnos peor que lo que nos está pasando hoy...?

Álex – Lamentablemente, por mi oficio... la experiencia me ha enseñado que, incluso cuando uno cree haber tocado fondo, siempre puede caer todavía más bajo. Basta con seguir cavando...

Los demás se quedan un instante perplejos ante aquel comentario inesperado.

Fran – ¿Cavando...?

Luisa – Puede hablar, señora Ventura. La escuchamos.

Álex – Bien... Tengo una buena noticia y una mala...

Dani – Le agradecería que nos ahorrara esa clase de frases hechas, señora Ventura... Vaya al grano, por favor.

Cris – Aunque, en boca de alguien que dirige una funeraria, eso de una buena noticia no deja de despertar cierta curiosidad...

Álex – Como saben, nos encargamos del traslado de los restos del antiguo cementerio al del nuevo pueblo.

Dani – Sí, ya nos lo ha dicho varias veces...

Luisa – Y ha llevado a buen término esa delicada operación, señora Ventura. Supongo que esa era la buena noticia.

Álex – Hasta ahora, todo había transcurrido con normalidad, sí. Pero...

Tomás – ¿Pero...?

Álex – Acabamos de encontrarnos con una dificultad imprevista.

Luisa – No me diga que falta alguno de nuestros queridos difuntos...

Álex – En realidad... sería más bien lo contrario.

Fran – ¿Lo contrario?

Álex – Si nos atenemos a los registros oficiales... nos sobra un muerto.

Estupor general.

Sam – Creo que, al final, he hecho bien en venir...

Manuel – ¿Un muerto de más?

Álex – Unos restos mortales... que no figuran en ninguno de los registros del cementerio.

Silencio incómodo.

Sam – Curiosamente, no parece que esto les sorprenda demasiado...

Dani – Al fin y al cabo, es un cementerio muy antiguo. ¿No es así, padre?

Tomás – La iglesia data de la Edad Media. Y seguramente el cementerio sea aún más antiguo.

Dani – No tiene nada de extraño que no se conozca el número exacto de personas enterradas allí desde hace más de mil años...

Álex – Cierto, pero, en este caso... el cuerpo ha aparecido bajo la losa de un panteón bastante reciente. Lo cual hace suponer que el entierro también es reciente.

Manuel – ¿Un panteón? Un panteón familiar, entonces.

Álex – Así es.

Fran – ¿Pero de qué familia?

Álex se vuelve hacia Luisa.

Álex – Se trata... del panteón de la familia De la Fuente, señora alcaldesa.

La alcaldesa acusa el golpe.

Cris – Ah, sí, esto ya... parece el comienzo de una novela policíaca...

Sam – O de una película de terror... Creo que esto va a interesar mucho a nuestros lectores...

Dani – De momento, todo esto debe mantenerse en la más estricta confidencialidad, ¿verdad?

Silencio.

Fran – No dice nada, señora alcaldesa...

Luisa – Estoy conmovida, como todos ustedes.

Sam – Pero... se trata de su panteón familiar. ¿No sabía nada?

Luisa – ¿Que si sabía algo? ¡Claro que no! Por lo que recuerdo, ese panteón se construyó hace unos cincuenta años...

Álex – Cincuenta y tres, exactamente.

Luisa – Que yo sepa, solo mis abuelos paternos y mi padre fueron enterrados en este cementerio.

Álex – Eso es, en efecto, lo que indican los registros... De hecho, si no se hubieran iniciado las obras para trasladar este panteón, esa tumba anónima seguramente habría permanecido oculta para siempre.

Cris – Es verdad que, curiosamente... un cementerio es el último lugar donde a uno se le ocurre buscar el cadáver de una persona desaparecida...

Fran – Sí... Para un asesino, después de todo, es el lugar ideal para esconder el cuerpo de su víctima.

Manuel – Entonces, si lo he entendido bien, estos restos fueron enterrados al margen de cualquier procedimiento legal.

Álex – Sí, todo parece indicarlo.

Sam – ¿Está completamente segura?

Álex – Lo he comprobado. Fue nuestra empresa la que construyó este panteón, cuando todavía la dirigía mi padre. Si ya hubiera habido un cuerpo debajo por aquel entonces, lo habríamos descubierto al excavar los cimientos.

Manuel – En efecto, es un contratiempo.

Fran – ¿Un contratiempo...?

Manuel – Desde un punto de vista estrictamente material, esto podría retrasar la finalización del proyecto.

Fran – Comprendo que usted solo piense en el llenado de su embalse, pero este macabro descubrimiento tiene muchas otras implicaciones, ¿no?

Dani – Desde luego...

Fran – Pero, vamos a ver... Se ha descubierto un cadáver. Enterrado clandestinamente hace, como mucho, cincuenta años. Quizá mucho menos.

Álex – Según nuestras primeras observaciones, la muerte no parece muy reciente. Pero, naturalmente, tendría que pronunciarse la policía científica...

Manuel – En cualquier caso, si hay un cadáver, probablemente haya un crimen, ¿no? Quiero decir... si ningún médico expidió un certificado de defunción y no se inscribió ninguna defunción en el Registro Civil...

Fran – Me parece evidente. ¿Por qué esconder un cadáver si uno no tiene nada que ocultar?

Álex – Por el momento, solo se trata de unos restos sin identificar. Como directora de la funeraria encargada del traslado de los restos mortales, tenía la obligación de informar de esta anomalía. Pero mi competencia termina ahí. Corresponde a la policía, si se le da parte, analizar todos estos elementos y llevar a cabo una investigación.

Sam – ¿Si se le da parte? Pero, vamos a ver... ¿cómo podrían no avisar a la policía?

Manuel – Es cierto que este descubrimiento plantea una serie de interrogantes.

Fran – ¿Quién es esta persona?

Cris – ¿Cómo murió?

Manuel – ¿Cuándo?

Fran – Si realmente se trata de un crimen, ¿quién la mató? ¿Y por qué?

Álex – Por supuesto... Mi deber se limita a advertirles de que, si se abre una investigación, eso retrasará, efectivamente, el llenado del embalse.

Manuel – Sin duda...

Álex – El cementerio podría convertirse en una escena del crimen. Habría que realizar nuevas excavaciones. Tomar muestras. Hacer análisis...

Una pausa.

Dani – En resumidas cuentas, este cadáver sale a la luz en el momento más oportuno para los opositores al embalse.

Fran – ¿Qué está insinuando?

Dani – ¿Y si fuera una maniobra de última hora para retrasar la ejecución del proyecto?

Fran – Muy bien... Aparece un cadáver desconocido escondido en el panteón familiar de los De la Fuente, ¿y resulta que todo sería un montaje de los opositores al embalse? ¡No invirtamos los papeles, por favor! De momento, quien está en el punto de mira es usted, señora alcaldesa.

Luisa – ¿Perdón?

Fran – Estamos hablando del panteón de su familia, ¿no?

Álex – No nos precipitemos, por favor. De momento, no sabemos nada con certeza. Pero es verdad que el hallazgo de estos restos plantea una serie de interrogantes.

Manuel – Interrogantes que habrá que despejar cuanto antes, porque el tiempo apremia...

Fran – ¿Qué hay que despejar? Hay que avisar a la policía, y punto.

Dani – Sí, bueno... Tampoco hay tanta prisa... Estos restos llevan ahí décadas. Podemos tomarnos al menos unos minutos para hablarlo.

Fran – ¿Entonces propone que no digamos nada? ¿Que dejemos ese cadáver reposando en el fondo del embalse sin que nadie se entere?

Cris – Nadie... aparte de nosotros.

Fran – Pero, vamos a ver... ¡Con nuestro silencio nos convertiríamos en cómplices de un crimen!

Álex – Si es que ha habido un crimen...

Una pausa.

Dani – Perdona que insista, señora Ventura, pero... ¿está segura de que se trata de restos humanos?

Cris – ¿Y qué otra cosa podrían ser?

Dani – No sé... Un animal...

Cris – ¿Un animal?

Fran – Quiere decir... ¿un perro o...?

Cris – ¿Y por qué no un gorila, ya puestos?

Fran – A usted le vendría muy bien que fuera eso, ¿verdad?

Álex – Créame, señora primera teniente de alcalde, llevo veinte años en este oficio y, aunque no soy especialista en medicina forense, sé reconocer un esqueleto humano...

Fran – ¿Un mono...? Pero eso es absurdo... ¿Por qué iba el señor De la Fuente a enterrar un mono en el panteón familiar?

Cris – Aunque... dicen que un famoso cantante francés tenía una mona a la que criaba como si fuera su hija. Cuando murió, la mandó enterrar en el parque de su castillo.

Tomás – Bueno, creo que podemos descartar razonablemente esa hipótesis. Todo el mundo sabe que el señor De la Fuente nunca crio a su hija como si fuera una mona.

Luisa – ¿Perdón...?

Tomás – Quiero decir... que nunca crio a una mona como si fuera su hija. ¡Bueno, al final me están haciendo un lío!

Dani – Solo estaba haciendo una pregunta, nada más... Entonces, se trata efectivamente de un cadáver humano...

Álex – Creo incluso poder afirmar, por el tamaño del esqueleto, la forma del cráneo y, sobre todo, la de la pelvis, que probablemente se trata de una mujer.

Luisa – ¿Una mujer...? ¿Y tendría alguna idea de su edad...?

Álex – Sería aventurar demasiado, pero... por el estado de la dentadura y el desgaste de los huesos, no se trata ni de una mujer muy joven ni de una mujer anciana. Yo diría que tenía entre treinta y cuarenta años.

Sam – Ah, sí... Una mujer de treinta y tantos. Eso ya es bastante preciso...

Álex – Naturalmente, como podía tratarse de una escena del crimen, no toqué nada después de hacer este macabro hallazgo. Así que solo pude realizar una primera inspección visual.

Silencio.

Sam – Hay algo que me sorprende, de todos modos. Desde hace un rato, algunos de ustedes parecen un poco incómodos. ¿No es así, padre...?

El cura parece, en efecto, algo turbado.

Tomás – Comprenderá que mi condición me obliga a guardar cierta reserva...

Sam – Su condición también lleva a mucha gente a confiarle sus secretos...

Tomás – Si yo supiera algo, y no he dicho que sea el caso, estaría, de todos modos, amparado por el secreto de confesión...

Fran – Un secreto que no le autoriza a encubrir un crimen.

Sam – ¿Y usted, Cris?

Cris – Yo... soy como el padre Tomás. Como dueña del bar, estoy obligada a respetar el secreto profesional.

Sam – Incluso quienes ya han hablado... no parecen especialmente sorprendidos por este macabro hallazgo. ¿Me equivoco?

Nuevo silencio incómodo.

Sam – ¿Señora alcaldesa...?

Luisa – Siempre ha habido rumores, es cierto...

Dani – Rumores destinados a manchar la reputación de Juan Carlos de la Fuente, quien, se lo recuerdo, tiene una estatua en la plaza del ayuntamiento por haber salvado nuestro pueblo.

Fran – Una estatua erigida por su hija.

Luisa – Con tu pleno consentimiento, Fran. El pleno municipal aprobó por unanimidad rendir ese homenaje a mi padre.

Manuel – ¿Rumores? ¿Qué rumores?

Luisa – Como hombre público, mi padre tenía muchos enemigos. Principalmente entre los partidarios de construir el embalse, que esperaban enriquecerse con las generosas indemnizaciones que les prometía el Gobierno.

Fran – ¿Y qué?

Luisa – En la época en que Juan Carlos de la Fuente encabezó la lucha contra aquel primer proyecto – una lucha que finalmente ganó—, su mujer lo abandonó.

Sam – Su mujer... Su madre, entonces...

Luisa – Sí... Mi madre... Aunque siempre me ha costado un poco llamarla así.

Sam – ¿Y por qué, si me permite preguntarlo...?

Luisa – Prácticamente no la conocí. Yo tenía tres meses cuando se marchó.

Manuel – ¿Sabe por qué se fue de manera tan repentina?

Luisa – Supongo que se sentía desatendida... Para mi padre, aquella lucha se había convertido en la causa de su vida. En una auténtica cruzada.

Sam – ¿Y para su madre?

Luisa – Mi madre no era de aquí. Era de origen rumano...

Sam – ¿Era...? Ya habla de ella en pasado...

Luisa – Desde que desapareció, en casa siempre se hablaba de ella en pasado... Aunque, en realidad, era un tema que todos procuraban evitar.

Sam – ¿Cómo se llamaba su madre?

Luisa – Marina. Se llamaba Marina. Es casi todo lo que sé de mi madre...

Sam – Y que era rumana...

Luisa – Mi padre la conoció durante un viaje a Rumanía. Nuestro pueblo está hermanado con un pueblo rumano a orillas del mar Negro. Marina era su intérprete. Hablaba perfectamente nuestro idioma. Seis meses después de conocerse, vino a reunirse con él aquí y se casaron.

Sam – Un matrimonio por amor, entonces...

Luisa – Quizá también fuera para ella una forma de abandonar su país y aspirar a una vida mejor. Era unos quince años más joven que él.

Sam – ¿Y después...?

Luisa – Se decía que, durante una estancia en París, había tenido un amante. También rumano. Y que había huido con él.

Dani – Abandonando a su marido... y a su única hija. A usted, Luisa...

Luisa – Yo solo era un bebé... No tengo ningún recuerdo concreto. Pero, naturalmente, con el tiempo lo viví como un abandono... Así que hice todo lo posible por olvidarla...

Manuel – Pero una madre no se olvida así como así...

Luisa – Durante mis primeros años, sin decírselo a nadie, y mucho menos a mi padre, esperé que regresara.

Sam – Pero nunca regresó...

Luisa – No.

Manuel – ¿Y nunca volvió a saber nada de ella?

Luisa – Nunca. Así que, poco a poco... fui haciendo el duelo por mi madre. Es verdad... Hice como si hubiera muerto. De hecho, en el colegio, cuando mis compañeros me preguntaban por mi madre, decía que estaba muerta. Era más sencillo. Para mí. Para los demás. Así se acababan las preguntas. Naturalmente, nunca hablaba de ese tema con mi padre.

Sam – ¿Por qué?

Luisa – Suponía que para él también era un tema doloroso. Pensaba que ya me había contado todo lo que sabía y que no servía de nada hurgar en la herida.

Sam – Entonces tuvo que superar esa prueba sola...

Luisa – Mi padre era más bien autoritario. No hablaba mucho. Al menos, en casa. Me crio con cariño, pero no era un hombre muy expresivo. Ni conmigo ni con los demás. Creo que aquí todo el mundo lo sabe.

Luisa parece un poco afectada.

Fran – Entiendo que no debió de ser nada fácil para ti. Pero ahora tenemos un problema...

Manuel – Y una urgencia...

Sam – Una madre no abandona a su hija así como así... ¿Nadie puso nunca en duda esa versión de que había huido con un amante?

Dani – Los ausentes siempre tienen la culpa... Se decía que solo había venido aquí por interés. Y que se había casado con el señor De La Fuente por conveniencia...

Sam – ¿Por conveniencia...?

Dani – Por su dinero...

Fran – Y, sin embargo, se habría marchado sin llevarse nada.

Álex – Y supongo que nunca llegaron a divorciarse...

Luisa – Que yo sepa, no...

Cris – Sea como sea, nunca volvimos a verla.

Dani – También en el pueblo se consideró su huida una traición. En plena batalla, cuando todos deberíamos haber permanecido unidos.

Cris – Sí... Nadie dudó en tirar la primera piedra contra aquella mujer adúltera, ¿verdad, padre? Y después preferimos olvidarla.

Álex – Es verdad que, en el pueblo, pronunciar su nombre se había vuelto casi un tabú...

Manuel (*perdido en sus pensamientos*) – Marina... Se llamaba Marina...

Los demás parecen un poco sorprendidos por la intervención de Manuel.

Sam – Así que aquella pecadora fue desterrada... mientras a su marido le levantaban una estatua. Creo que acabó siendo senador...

Luisa – Veo que está usted muy bien informada...

Una pausa.

Manuel – Entonces... ¿el cuerpo que encontraron bajo la losa del panteón familiar sería el suyo?

Cris – En aquella época, algunos sí pusieron en duda que Marina se hubiera marchado de repente, abandonando a su hija... Pero, para la mayoría de los habitantes del pueblo, Juan Carlos era un héroe, y no estaba bien visto llevarle la contraria.

Una pausa.

Sam – Entonces, en realidad, si lo entiendo bien... ustedes lo sabían. Todos...

Cris – No teníamos ninguna certeza. Nunca hubo una investigación. Pero es verdad que se podría hablar de una especie de omertá...

Sam – Ya veo... Poner en duda la versión oficial habría sido como derribar la estatua del salvador de Castelviejo.

Álex – Es verdad... Habría sido como...

Cris – Poner en duda la virginidad de Juana de Arco.

Sam – ¿Y usted, Luisa...?

Luisa – Fue hace treinta años. Mi padre ya murió. Y yo le sucedí como alcaldesa.

Tomás – Los De La Fuente están estrechamente ligados a la historia de este pueblo.

Cris – Sí, incluso podría decirse que son los señores del lugar.

Fran – Hasta cambiaron la forma de escribir su apellido para darle un aire más noble... Creo que su verdadero apellido es Lafuente, todo junto, ¿no es así?

Álex – Lafuente... Qué ironía para el alcalde de un pueblo que pronto quedará sumergido bajo las aguas de un lago...

Una pausa.

Sam – Entonces, ¿habría sido el patriarca quien asesinó a su mujer porque ella le era infiel?

Dani – No saquemos conclusiones precipitadas... Nada demuestra que fuera asesinada.

Cris – Entonces, ¿por qué ocultar su cuerpo y hacer creer que había huido?

Manuel – Así que tuvo que haber cómplices para encubrir el asunto y hacer desaparecer el cadáver.

Fran – Cómplices... incluso en la funeraria, señora Ventura...

Álex – En aquella época era mi padre quien dirigía la empresa. Yo ni siquiera había nacido.

Sam – ¿Y su padre nunca le contó nada?

Álex (incómoda) – No tengo ninguna información concreta al respecto, se lo aseguro. Aunque, como todo el mundo, también oí los rumores...

Manuel – ¿Y eso no la puso sobre aviso?

Álex – Preferí pensar que no era más que una leyenda urbana. En nuestro oficio se oyen tantas cosas, ya sabe... Créame, daría para escribir un libro... Mire, un día una anciana me contó que...

Luisa – Por favor, señora Ventura, no es el momento...

Álex – Supongo que a usted le pasará lo mismo, padre...

Tomás – En cualquier caso, no es la Iglesia la que propaga esa clase de rumores, puede creermelo...

Cris – Aunque... La historia de ese hombre al que crucifican y que resucita tres días después de morir... Como leyenda urbana, sigue siendo insuperable. Tiene dos mil años y todavía se habla de ella.

Fran – Aquella historia empezaba con un sepulcro vacío. En el panteón de los De La Fuente tenemos una inquilina de más. No es exactamente lo mismo...

Tomás – Le recuerdo que estamos hablando de la madre de Luisa... Así que le agradecería que nos ahorrara sus bromas de dudoso gusto.

Cris – Perdón...

Una pausa.

Dani – De todos modos... probablemente todos los implicados en este asunto hayan muerto ya.

Cris – Todos, no lo sabemos... Y además, todavía debe de quedar algún testigo. No se enterra un cadáver a escondidas en un cementerio sin que nadie se entere.

Sam – Por cierto, ¿por qué decidieron enterrar el cadáver en el panteón familiar?

Álex – Cabe imaginar que, para el señor De La Fuente, era una forma de mantenerse dentro de cierta legalidad.

Fran – ¿Legalidad?

Álex – O, al menos, de cierta respetabilidad... En lugar de ocultar el cadáver en el fondo de un barranco como un vulgar criminal. O de quemarlo en una estufa, como el doctor Petiot.

Cris – En definitiva, para él solo fue un entierro en la más estricta intimidad.

Manuel – Para preservar la reputación de la familia...

Cris – Y la de todo el pueblo.

Sam – Sí... Pero ahora ya no pueden seguir cerrando los ojos. Estamos hablando de un asesinato. Del asesinato de una mujer a manos de su marido, ocultado gracias a una serie de complicidades y protegido por una omertá.

Cris – No deja de ser irónico... Mañana el pueblo desaparecerá bajo las aguas... y este macabro hallazgo va a obligarnos a reescribir toda su supuesta historia heroica...

Fran – Ya se sabe... Cuando hay inundaciones, las alcantarillas rebosan...

Una pausa.

Álex – Sí... Y cuando rebosan las alcantarillas, el mal olor acaba llegando a todos.

Dani – Quizá deberíamos dejar ya las metáforas... La cuestión es muy sencilla. ¿Quién puede tener interés en que se abra una investigación tantos años después? ¿A quién va a beneficiar?

Tomás – Me temo que a nadie.

Fran – No sé a quién podría beneficiar, pero sí veo muy bien a quién podría perjudicar...

Luisa – Lo extraño es que este asunto salga precisamente hoy a la superficie.

Dani – En efecto... Por cierto, si me permite, señora Ventura, su trabajo consistía únicamente en trasladar las sepulturas existentes y debidamente registradas. ¿Qué le hizo pensar que debía excavar bajo la losa del fondo del panteón de la familia De La Fuente?

Álex parece incómoda.

Luisa – ¿Hizo lo mismo en los demás panteones?

Álex – No...

Dani – Entonces, ¿por qué en este?

Álex – Digamos que... recibí información muy precisa sobre la posible presencia de unos restos en ese lugar.

Sam – ¿Información?

Álex – Una carta... Una carta anónima...

Una pausa.

Dani – Así que hay un delator anónimo en Castelviejo...

Luisa – Y usted se tomó esa carta en serio...

Fran – ¿Qué importa ya esa pregunta? Ahora tenemos la prueba de que la información era cierta, ¿no?

Álex – La carta estaba muy bien documentada... Precisaba que, si no se hacía nada, informarían a la policía. Como comprenderán, yo tampoco tengo ningún interés en que este asunto salga a la luz. También están en juego la reputación de mi familia y la de mi empresa. Pero no podía ignorar esa carta.

Fran – Una carta escrita por alguien que, evidentemente, sabe muy bien lo que ocurrió... Padre, ¿se le ocurre quién podría ser?

Tomás parece abstraído.

Tomás – Siempre he pensado que la desaparición de este pueblo bajo las aguas era voluntad de Dios.

Sam – Una especie de diluvio en miniatura, quiere decir...

Fran – Con Castelnuevo como arca de Noé.

Cris – ¿Para castigarnos a todos por nuestras miserias, hacer borrón y cuenta nueva y volver a empezar como si aquí no hubiera pasado nada?

Tomás – Sí... Creo que Dios ha decidido sepultar este pueblo bajo las aguas para purificarlo de sus pecados...

Silencio incómodo ante este arretrato místico.

Manuel – Bueno... ¿Y ahora qué hacemos? Aparte de encomendarnos a la voluntad de Dios...

Sam – No tenemos elección. Hace falta una investigación para esclarecer la verdad.

Tomás – La verdad... Tengo la impresión de que todo el mundo la conoce ya, ¿no?

Fran – Usted quizá... Yo nunca había oído hablar de esta historia. Bueno, sí, de lo de la mujer adúltera, pero no de un asesinato...

Manuel – Además, no tenemos ninguna certeza sobre la identidad de ese cuerpo.

Cris – Y tampoco conocemos las circunstancias exactas de su muerte. ¿Fue un homicidio imprudente que prefirieron ocultar... o un asesinato premeditado?

Dani – Señora alcaldesa...

Luisa – Puesto que ese cuerpo descansaba en nuestro panteón familiar... Sí, lo más probable es que mi padre matara a mi madre y decidiera hacer desaparecer el cadáver... En cuanto al cómo y al porqué... Fue hace mucho tiempo. Aunque se abra una investigación, será muy difícil averiguar qué ocurrió realmente.

Cris – ¿Qué está sugiriendo exactamente? ¿Que volvamos a enterrar este asunto, como se hizo hace treinta años?

Luisa – Comprenderán que esto es un golpe muy duro para mí... Estamos hablando de mis padres, se lo recuerdo. Es una historia espantosa, desde luego. Una historia que seguramente habría preferido no conocer nunca. Pero ¿de qué serviría sacar ahora todo esto a la luz pública...?

Dani – El culpable ha muerto. Y quienes lo ayudaron a ocultar el crimen probablemente también...

Luisa – Y, aunque siguieran vivos, el delito ya habría prescrito.

Dani – El plazo de prescripción es de seis años para un homicidio imprudente. Veinte para un asesinato...

Sam – Parece usted muy bien informada... No habrá esperado a que venciera ese plazo para destapar este sórdido asunto, ¿verdad?

Fran – Le vendría muy bien que todos olvidáramos esto, ¿no? Para no manchar ese apellido que lleva y que tanto trabajo les costó ennoblecer...

Luisa – Hace un momento, mi padre era un héroe para usted. Y ahora pretende condenarlo después de muerto.

Fran – Hace un momento yo no sabía que su padre era un asesino. Usted sí lo sabía.

Luisa – Le aseguro que no. Yo solo tenía tres meses cuando ocurrieron los hechos. No tengo nada que reprocharme. No soy culpable de nada ni tengo por qué responder por lo que hizo mi padre.

Cris – Pero mandó erigir una estatua en su honor.

Fran – Con la esperanza de que parte de su gloria recayera sobre usted y le permitiera sucederlo al frente del ayuntamiento... Todo para acabar respaldando la desaparición de este pueblo, contra la que él tanto había luchado.

Cris – Sí... Hoy, como ayer, a los De La Fuente les interesa que esa sepultura sin nombre permanezca enterrada para siempre bajo las aguas del embalse.

Sam – Es cierto que usted no es responsable de los actos de su padre, señora alcaldesa. Pero, si se niega a revelar este crimen, se convertirá en cómplice de su encubrimiento.

Fran – Y nosotros con usted...

Silencio.

Luisa – Es verdad, yo también vivía en una especie de negación. No quise poner en duda la versión oficial. Todos pueden entender por qué. Pero no lo hice conscientemente, se lo juro... ¿Creen que una niña puede asumir serenamente la posibilidad de que su padre haya matado a su madre?

Dani – La señora alcaldesa tiene razón... ¿No creen que ya tenemos suficientes problemas que resolver? De todos modos, eso no cambiaría nada.

Fran – Tú misma lo has dicho: se suspendería el llenado del embalse y, por tanto, la destrucción de nuestro pueblo. ¿No es así, señor Narváez?

Manuel – Durante unos días, quizá. Unas semanas como mucho. Pero este proyecto se llevará a cabo. Dos obreros ya han perdido la vida durante su construcción... y las obras no se paralizaron por eso.

Cris – De acuerdo, sería más fácil volver a callarnos, como hace treinta años, pero se olvidan de una cosa.

Dani – ¿De qué?

Sam – De la memoria de esa mujer.

Silencio.

Manuel – Tiene razón.

Cris – A ojos de todos, incluso de su propia hija, Marina pasó por una traidora. Una mujer frívola que había abandonado a su marido y a su hija para huir con un amante. Cuando, en realidad, fue víctima de la violencia machista...

Sam – Un feminicidio. Uno más. Encubierto en su día por un hombre todopoderoso, con la complicidad de todo un pueblo.

Cris – ¿Y ahora quieren negarle la justicia por segunda vez...?

Sam – No podremos devolverla a la vida. Pero creo que esa mujer tiene, al menos, derecho a que se restablezca la verdad sobre ella.

Fran – Después de manchar su memoria, se esforzaron por borrarla por completo. Mientras levantaban una estatua a su asesino...

Cris – Habla usted del honor de su familia, señora alcaldesa... Pero ¿qué hay del honor de esa mujer?

Sam – Una mujer que yace sin una verdadera sepultura. Una sepultura que ustedes se empeñan en negarle. Por segunda vez. No permitiré semejante infamia.

Dani – ¿Semejante infamia...? Es un lenguaje un tanto teatral, ¿no cree? Se diría que se toma usted por Antígona...

Sam – ¿Me está amenazando con matarme como a ella si la desobedezco?

Tomás – Vamos, seamos razonables... Aquí nadie va a matar a nadie...

Luisa – Lo que me sorprende es que se tome este asunto tan a pecho, señora... Señora... ¿cómo era su apellido?

Sam – Pavel.

Luisa – Antes nos dijo Valdés... Sam Valdés.

Sam – Valdés es mi seudónimo. Me parecía que sonaba mejor. Pero mi verdadero apellido es Pavel.

Luisa – Sea como sea, estamos hablando de mi madre, no de la suya. Al oírla, cualquiera diría que todo esto la afecta personalmente...

Sam – Precisamente porque se trata de su madre. No comprendo que se plantee con tanta facilidad dejarla sin sepultura con el único fin de proteger sus intereses. Hasta ahora la consideraba una madre indigna. Ahora sabe que no la abandonó, sino que fue asesinada...

Tomás – Vamos, hijos míos, esta situación ya es bastante dolorosa. Debemos permanecer unidos...

Cris – Usted, padre, mejor no diga nada... Estoy segura de que lo sabía y no dijo una palabra. Igual que la Iglesia siempre ha preferido ignorar a los numerosos pederastas que hay entre sus sacerdotes y dejarlos actuar con total impunidad. Todo con el único fin de no manchar su reputación.

Tomás – La Iglesia ha evolucionado mucho en estas cuestiones...

Sam – Sí, claro... Hace un momento nos decía que era voluntad de Dios sepultar este pueblo bajo toneladas de agua para lavarlo de sus pecados... Menuda evolución...

Luisa – Y usted parece movida por un espíritu muy partidista para ser una periodista que, por principio, debería mantenerse imparcial.

Dani – En efecto. Yo creía que estaba aquí para dar testimonio e informar. No para tomar partido.

Sam – Soy periodista, pero también soy ciudadana. Defiendo ciertos principios. Espero no ser la única aquí esta noche...

Dani – ¿Y tú, Cris? Tampoco sabía que te sintieras tan implicada en este asunto...

Cris – Yo conocía a Marina. Venía a menudo por aquí. Se sinceraba conmigo... Era una joven muy entrañable, puedo dar fe de ello. Sí, era amiga mía...

Dani – Pero una amiga... ¿íntima?

Cris – Eso no es asunto suyo.

Silencio.

Manuel – ¿Cómo pudo ocurrir algo así? Enterrar a una mujer en un panteón familiar... ¿sin que nadie se enterara?

Fran – Eso de que nadie se enterara está por ver. Tuvo que haber cómplices. Quizá en la funeraria...

Álex – Juan Carlos De La Fuente era un hombre carismático. Sabía cómo conseguir lo que quería. Y, primero como alcalde y después como senador, tenía medios para presionar a la gente.

Tomás – También tenía muchos amigos leales que lo admiraban por todo lo que había conseguido y estaban dispuestos a correr riesgos para protegerlo.

Dani – Al hacer enterrar el cuerpo de su mujer en el panteón familiar, de algún modo... volvía a darle un lugar en el panteón de la familia.

Sam – Más bien diría que se creía por encima de todo y de todos... Era una forma de conservar el control... De sustraerse a la justicia de los simples mortales.

Álex – Sí... No debía de considerarse un vulgar criminal. Si se trató de un accidente... se arrogó el derecho a absolverse a sí mismo.

Cris – Sigue intentando restarle gravedad a lo que hizo... Pero nada nos dice que fuera un homicidio imprudente. Pudo ser un asesinato...

Manuel – ¿Un asesinato...? Pero ¿por qué?

Dani – Por celos, probablemente. Si su mujer tenía un amante...

Manuel – Para que todo el pueblo aceptara guardar silencio, tenía que haber una razón de mucho peso.

Tomás – No es tan difícil de entender... Mandar al alcalde a la cárcel habría desacreditado la oposición al proyecto del embalse.

Sam – Fuera cual fuera el motivo, no deja de ser un crimen.

Fran – Hace treinta años, los habitantes guardaron silencio para impedir la destrucción del pueblo. ¿Y ahora deberíamos volver a callar para proteger la reputación de quien está contribuyendo a destruirlo?

Luisa – Yo no tengo ninguna responsabilidad legal en este asunto.

Cris – Pero sí tiene una responsabilidad moral. Se trata de la memoria de su madre...

Fran – Claro que, si esta sórdida historia saliera a la luz, podría poner en peligro tu reelección...

Luisa – ¿Y eso te permitiría ocupar mi puesto, quizá?

Fran – ¿Y por qué no? A menos que quieras reservarlo para alguno de tus hijos... La alcaldía no es un cargo hereditario, ¿sabes?

Luisa – Así que quieres revelar este asunto para sacar provecho de él.

Fran – Sea como sea, tenemos que avisar a la policía.

Dani – ¿Por un crimen pasional de hace treinta años?

Sam – Un crimen pasional... Esa explicación les vendría muy bien a todos, ¿verdad?

Manuel – Entonces, ¿por qué iban a matarla?

Sam – Tal vez porque sabía ciertas cosas.

Cris – ¿Qué cosas?

Sam – Precisamente para eso podría servir una investigación: para encontrar respuestas.

Luisa – Para ser una simple periodista de sucesos, parece saber usted muchas cosas... ¿Quién es exactamente, señora... Pavel?

Dani – Pavel... ¿No es un apellido de origen rumano?

Luisa – ¿Puedo ver su carné de prensa?

Todas las miradas se vuelven hacia Sam.

Sam – No tengo... No soy periodista.

Estupor general.

Dani – Entonces nos ha mentado... ¿Quién es usted?

Una pausa.

Sam – Marina era mi tía. La hermana de mi madre.

Dani – Una tía a la que nunca conoció, a juzgar por su edad. Entonces, ¿qué hace usted aquí?

Sam – Encontré unas cartas que Marina había escrito a mi madre...

Silencio.

Manuel – Unas cartas que le dieron ganas de venir hasta aquí antes de que desapareciera el pueblo.

Sam – Mi madre murió hace unos meses. Me hablaba a menudo de aquella hermana que había desaparecido bruscamente antes de que yo naciera. Tenía buenas razones para preguntarse cuáles habían sido las verdaderas causas de su desaparición.

Dani – Entonces, ¿por qué no hizo nada antes?

Sam – Vivíamos en Rumanía. No tenía medios para contratar a un abogado en Francia y conseguir que se abriera una investigación.

Tomás – ¿Y después...?

Sam – Después conseguí una beca para estudiar en Francia. Creo que, para mí, también era una forma de acercarme a Marina. Poco antes de morir, mi madre me entregó esas cartas. Comprendí que me estaba confiando una misión. Cuando me enteré del proyecto del embalse, decidí venir aquí...

Fran – ¿Y qué decían esas cartas?

Sam – Marina le confiaba a su hermana que se sentía amenazada.

Luisa – ¿Amenazada? ¿Por quién? ¿Y por qué?

Sam – El retrato que hace de su marido es mucho menos halagador que la imagen pública que dejó. Cuando defendía este pueblo, defendía ante todo sus propios intereses.

Fran – Mi padre me habló de eso. Cuando surgió el proyecto del embalse, muchos empezaron a vender sus tierras. Juan Carlos De La Fuente se las compró a buen precio. Como senador, estaba bien informado. Tenía buenas razones para pensar que el proyecto no saldría adelante y que podría revenderlas después con grandes beneficios.

Dani – ¿Y habría decidido matar a su mujer para impedir que denunciara sus maniobras fraudulentas?

Sam – También lo describe como un hombre autoritario... y capaz de ser violento.

Tomás – Quizá porque su mujer le era infiel.

Cris – ¿De verdad piensa lo que está diciendo, padre? Hemos cambiado de siglo, ¿sabe? Hoy en día, los celos no pueden justificar un crimen.

Sam – Es cierto que, en sus cartas, también habla de una persona a la que se había confiado... Al parecer, había entablado con ella una relación que iba más allá de la amistad y pensaba marcharse a su lado... llevándose a su hija.

Dani – No son más que unas cartas... Era su versión de los hechos. La visión de una mujer desgraciada... que buscaba consuelo en brazos de uno de sus compatriotas. Quién sabe si no se marchó realmente con él.

Álex – En ese caso, ¿a quién pertenecería el cuerpo que encontramos bajo la losa del panteón de la familia De La Fuente?

Cris – Sea como sea, el amante de Marina no era rumano, se lo aseguro.

Dani – ¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabe?

Cris – Lo sé, y punto.

Dani – ¿Porque era usted su amante, quizá...?

Cris – Por desgracia, no...

Álex – Entonces, ¿quién era?

Cris – Le corresponde a él revelarlo... si quiere hacerlo.

Una pausa.

Sam – ¿Y usted tampoco dijo nada? Creía que Marina era amiga suya...

Cris – Yo era muy joven por entonces. Juan Carlos era una figura pública. Nos dijeron que Marina se había marchado. Yo quise creerlo. Hoy me parece necesario averiguar qué ocurrió realmente...

Luisa – Así que la delatora anónima era usted...

Cris – Y no me arrepiento de nada. La verdad tenía que salir a la luz antes de que todas las pruebas quedaran destruidas para siempre...

Una pausa.

Manuel – Entonces, ¿la habrían matado porque quería denunciar los chanchullos de su marido?

Sam – Y quienes tenían interés en que desapareciera guardaron silencio. Al fin y al cabo, ella no era del pueblo...

Fran – ¿De verdad vamos a condenarla por segunda vez?

Sam – ¿Y a volver a colocar la estatua de su asesino delante del nuevo ayuntamiento?

Una pausa.

Luisa – De acuerdo. Acepto que esa estatua se quede aquí y sea engullida por las aguas.

Fran – En realidad, eso te viene muy bien...

Luisa – Digas lo que digas y hagas lo que hagas, de todos modos, para ti siempre seré culpable.

Dani – Propongo que votemos.

Fran – ¡Eso no tiene ningún valor legal!

Dani – Será una votación meramente consultiva, por supuesto... ¿Quién quiere realmente que se haga público el hallazgo de este cuerpo?

Sam, Fran y Cris levantan la mano.

Dani – Así que la mayoría pensamos que es mejor que este cadáver no vuelva a salir nunca a la superficie...

Manuel – Quiero precisar que, por mi parte, me abstengo.

Sam – Sea como sea, no me siento en absoluto vinculada por el resultado de esta votación.

Dani – Es usted muy libre, pero le advierto...

Sam – ¿Me está amenazando?

Dani – Solo quería decir que los resultados de una posible investigación podrían no satisfacer a nadie.

Una pausa.

Luisa – ¿Y si hubiera sido su amante quien la mató?

Cris – ¿Por qué?

Dani – Por celos, una vez más.

Manuel – Eso no se sostiene. ¿Cómo habría podido ese amante, sin ayuda de nadie, ocultar el cuerpo bajo el panteón familiar del marido cornudo? Perdone, señora alcaldesa...

Una pausa.

Sam – Álex... ¿De verdad no sabe nada sobre la participación de la funeraria en aquel entierro clandestino?

Cris – Probablemente de noche. A escondidas. Como antiguamente se enterraba a los actores excomulgados por la Iglesia...

Una pausa.

Álex – Solo sé lo que mi padre me contó al final de su vida, para aliviar su conciencia...

Fran – Así que usted también lo sabía.

Álex – Mi padre no me dijo de quién se trataba. Pero sí, lo sospechaba.

Sam – ¿Y qué le dijo exactamente?

Álex – Reconoció haber participado en la ocultación de un cadáver.

Manuel – ¿Por qué? Podría haberse negado...

Álex – Porque fue el cura quien se lo pidió expresamente...

Una pausa.

Sam – ¿Usted, padre?

El cura parece incómodo.

Tomás – Yo era un sacerdote joven por aquel entonces. Acababa de ordenarme y Castelviejo era mi primera parroquia.

Fran – Entonces sabe lo que ocurrió. Participó en ello. Aceptó encubrir el crimen cometido por el alcalde.

Una pausa.

Tomás – Juan Carlos no fue responsable de la muerte de Marina.

Manuel – ¿Ah, no? Entonces, ¿quién fue?

Tomás – Yo.

Silencio.

Luisa – ¿Usted, padre? ¿Fue usted quien mató a mi madre?

Tomás – Juan Carlos me había pedido ayuda. Su mujer acababa de anunciarle que lo dejaba y que se marchaba con su hija.

Manuel – ¿Y qué?

Tomás – Fui a casa de los De La Fuente para intentar hacerla entrar en razón. Sin éxito. Hubo una violenta discusión. Su marido quería retenerla por la fuerza. Incluso hablaba de encerrarla en su habitación. En un momento dado, ella intentó escapar. Yo traté torpemente de impedirselo...

Sam – ¿Y después?

Tomás – Cayó por las escaleras. Se golpeó la cabeza contra la esquina de un pilar. Fue un accidente...

Cris – Si usted lo dice...

Tomás – Es la verdad, se lo aseguro.

Manuel – En cualquier caso, ya no queda ningún testigo que pueda contradecirlo.

Tomás – Acabo de confesar que soy responsable de un homicidio. ¿Por qué iba a mentir?

Cris – Para restarle gravedad a su crimen y hacerlo pasar por un accidente...

Fran – O para proteger al señor De La Fuente.

Tomás – Así fue como ocurrió. Lo juro ante Dios.

Manuel – Tendrá que jurarlo ante un juez...

Sam – ¿Y después?

Tomás – Juan Carlos propuso de inmediato ocultar la muerte de su mujer. Para protegerme, para proteger la reputación de la Iglesia... y la suya.

Sam – En realidad, aquella desaparición le venía muy bien...

Manuel – Y enterraron el cuerpo de la víctima bajo la losa del panteón familiar...

Tomás – Sí... Con la ayuda de la funeraria de entonces.

Cris (a Álex) – Es decir, con la ayuda de su padre...

Álex – Nadie podía negarle nada a Juan Carlos De La Fuente... ni al señor cura. Mi padre era muy creyente. Para él, todo lo que decía el cura era palabra de Dios.

Sam (a Tomás) – Y usted también guardó silencio durante todos estos años...

Tomás – Era joven. Tuve miedo. Miedo de las consecuencias. Se lo confesé a mi obispo, y él también me aconsejó que guardara silencio.

Cris – ¿Por qué será que no me sorprende...?

Tomás – Cuando, años después, empecé a cuestionármelo todo, ya era demasiado tarde. Remover el pasado... Pensé que haría más daño que bien.

Luisa – Entonces, ¿mi madre no tenía ningún amante? ¿También eso era mentira?

Una pausa.

Manuel – No, no era mentira.

Luisa – ¿Cómo lo sabe?

Manuel – Porque su amante era yo.

Dani – ¿Usted?

Manuel – Cuando participé en el primer proyecto del embalse, no era más que un joven ingeniero. Conocí a Marina. Era desgraciada en su matrimonio. Y en este pueblo se sentía muy sola. Para todos, era una extranjera. Yo estaba loco por ella. No dejaba de insistirle en que abandonara a su marido y se marchara conmigo...

Sam – Pero, naturalmente, Juan Carlos no estaba de acuerdo...

Manuel – Que la mujer del alcalde abandonara a su marido por el ingeniero encargado de destruir el pueblo... Imagínese.

Cris – Si no hubiera muerto, seguramente habría acabado rapada, como aquellas mujeres que se acostaron con el enemigo al terminar la guerra...

Fran – En cualquier caso, eso habría empañado seriamente la imagen de aquel gran hombre.

Tomás – Juan Carlos no podía soportar semejante idea. Así fue como todo empezó a torcerse...

Fran (*a Manuel*) – Entonces, ¿usted también lo sabía?

Manuel – De un día para otro, dejé de ver a Marina. Al principio pensé que había cambiado de opinión. Que había decidido quedarse con Juan Carlos para proteger a su hija. Después empezó a correr el rumor de que había huido. Creí que había regresado a Rumanía para estar segura de escapar de su marido.

Sam – Así que usted también creyó la versión oficial...

Manuel – Tenía mis dudas, pero ¿qué podía hacer? Yo era el amante, no el marido... Acabé resignándome. Pero nunca la olvidé. Supongo que por eso nunca me casé... Y cuando, treinta años después, se presentó la ocasión, hice todo lo posible por convertirme en el nuevo director del proyecto.

Dani – ¿Para vengarse? ¿Destruyendo este pueblo...?

Manuel – Al principio había algo de eso, lo reconozco. Pero, sobre todo, creo que inconscientemente quería aprovechar aquella oportunidad para intentar averiguar la verdad. Ahora ya la sé...

Una pausa.

Sam – No estoy segura de que lo sepa todo...

Manuel – ¿Qué más hay...?

Sam – En las cartas que me entregó mi madre, Marina decía que su marido no era el padre de su hija. También por eso quería dejarlo.

Fran – Y por eso reaccionó con tanta violencia. Iba a perder a la vez a su mujer y a su hija.

Cris – Y para él, qué humillación...

Álex – Así que no habría aceptado hacer desaparecer el cuerpo solo para protegerlo a usted, padre, sino también para vengarse. Con total impunidad...

Fran – Pero entonces... ¿quién era el padre?

Todas las miradas se vuelven hacia Manuel, que parece paralizado.

Luisa – ¿Usted lo sabía?

Manuel – En absoluto... Le juro que ella nunca me dijo nada... De haberlo sabido, quizá habría actuado de otra manera...

Fran (*a Luisa*) – Qué ironía. Tú creías que tu padre había salvado el pueblo. Y resulta que eres hija del hombre que va a destruirlo...

Manuel – Entonces... ¿usted sería mi hija, Luisa?

Luisa (*incómoda*) – Por ahora no hay ninguna certeza, ¿verdad...? Así que propongo que volvamos a hablar de esto más adelante...

Fran – Bastará con hacer una prueba... Hoy en día es muy fácil, ¿sabes?

Álex – La verdad es que tienen cierto aire de familia, ¿no?

Cris – Hay que reconocer que no es algo que ocurra todos los días... En una misma noche descubre que su madre está realmente muerta, pero que quizá su padre siga vivo...

Sam – Cuando hablé de La noche de los muertos vivientes, no sabía hasta qué punto tenía razón...

Dani – Por favor, un poco de decencia.

Cris – Vale, ya no digo nada...

Silencio.

Dani – Entonces, ¿qué hacemos?

Sam – ¿Padre?

Tomás – La ayudaré a restablecer la verdad y a rehabilitar la memoria de Marina. Aunque tenga que asumir las consecuencias judiciales de esta confesión.

Cris – Tanto más cuanto que el delito ya ha prescrito, ¿verdad, padre? En fin, más vale tarde que nunca...

Fran – En ese caso, Luisa, ya no podrás seguir ocultando las miserias de la familia De La Fuente.

Dani – ¿Aunque eso manche la imagen de este pueblo...?

Fran – Este pueblo va a desaparecer bajo las aguas. Gracias a ti...

Sam – ¿Dani?

Dani – Todo esto ha ido demasiado lejos. Hay demasiada gente al corriente. Todos los que estamos aquí, para empezar. Alguien acabará hablando, necesariamente. Ya no podremos ocultar la verdad...

Luisa – Creo que, en efecto, ya no podemos dar marcha atrás. Pero va a ser un golpe terrible. Para todos. Empezando por mí, naturalmente...

Fran – Fingirás sorpresa. Tomarás la valiente decisión de hacer caer la estatua del patriarca de su pedestal... Y, con un poco de suerte, podrás seguir gobernando y enriqueciéndote...

Sam – ¿Manuel?

Manuel – Eso no impedirá que el proyecto siga adelante.

Tomás – Habrá que pensar que era voluntad de Dios...

Cris – ¿De verdad cree que el nuevo pueblo será un remanso de paz y fraternidad, padre...?

Manuel – Para eso, en su arca de Noé, habría tenido que embarcar únicamente a los animales...

Tomás – Entonces, ¿no cree en Dios?

Manuel – Creo que el mundo es un absurdo. Un absurdo que, a través del ser humano, intenta inventarse una finalidad. Dios es uno de los artificios que el hombre ha encontrado para dar sentido a su vida.

Una pausa.

Sam – Cada uno, a su manera, contribuyó a la muerte de Marina y al encubrimiento de la verdad. Unos participando directamente en el crimen, otros como cómplices y otros, sencillamente, guardando silencio.

Cris – Tiene razón... Todos somos culpables. Incluso quienes, como yo, no tuvimos el valor de alzarnos antes contra aquella injusticia.

Manuel – Es verdad. Yo también fui un cobarde...

Una pausa.

Sam – Al menos rehabilitaremos la memoria de mi tía, que al final resulta ser la verdadera heroína de este pueblo...

Fran – Tampoco exageremos. Era una víctima, sí. Pero eso no la convierte en una santa...

Dani – En cualquier caso, tampoco era precisamente la Doncella de Orleans.

Manuel – ¿Qué está insinuando?

Dani – Escribió que Juan Carlos no era el padre de su hija. No escribió que lo fuera usted...

Cris – ¿Quién si no?

Dani – Tal vez tenía varias parejas... Quizá aquel amante rumano no fuera una leyenda después de todo.

Cris – ¿Y qué más da? ¿Por ser una mujer libre merecía morir?

Luisa – No, por supuesto...

Una pausa.

Álex – Bueno, entonces, si todos estamos de acuerdo, voy a llamar a la Guardia Civil para informar del hallazgo de estos restos no registrados...

Álex saca el móvil y se dispone a marcar un número mientras empieza a alejarse.

Cris – Espere...

Álex – ¿Perdón...?

Cris – Al final, me pregunto si Dani no tendrá razón.

Dani – ¿De verdad?

Cris – Treinta años después, será muy difícil establecer la verdad.

Sam – Y, pase lo que pase, cada cual acabará teniendo su propia versión...

Luisa – Todo el mundo se despachará a gusto, eso seguro.

Manuel – Solo servirá para reavivar los rumores...

Dani – A veces, cuando uno ya ha tocado fondo, más vale no seguir cavando, como decía Álex...

Álex – Entonces, ¿qué hago?

Cris – ¿Y si la dejáramos descansar en paz en el fondo del lago...?

Manuel – Pero queda su familia. Tiene derecho a saber qué fue de Marina... Les recuerdo que, oficialmente, nunca fue declarada muerta.

Sam – Su familia... Aparte de mí... y de su hija, claro, ya no le queda nadie.

Una pausa.

Manuel – Convertirse en la Dama del Lago... Creo que la idea no le habría desagradado. No había nacido para ser una víctima, ¿saben...? Era una mujer de carácter. Tenía proyectos. Quería escribir una novela...

Álex – Al final, su propia vida habrá sido una novela...

Dani – ¿Luisa? Después de todo, se trata de su madre.

Una pausa.

Luisa – ¿De qué serviría reabrir viejas heridas...? Todos los que la conocieron están aquí. Y ahora sabemos lo que ocurrió.

Una pausa.

Dani – ¿Fran? Este es el momento de hablar... o de callar para siempre.

Fran – De acuerdo... Pero solo si la señora alcaldesa dimite...

Dani – ¡Estará de broma! ¡Eso es chantaje!

Fran – ¿Por qué? ¿Usted también compró terrenos agrícolas en el nuevo pueblo? ¿Y contaba con que el actual ayuntamiento los recalificara como suelo edificable...?

Dani – ¡No se lo permito!

Luisa – Me comprometo a dimitir de mi cargo en cuanto haya concluido el traslado del pueblo.

Dani – No va a hacer eso, ¿verdad?

Luisa – He vivido toda mi vida en una mentira. Todos ustedes lo sabían. Y probablemente yo también... Ha llegado el momento de poner fin a todo esto.

Una pausa.

Cris – ¿Sam...?

Sam – Hace un momento pensábamos que el culpable de este crimen había muerto. Ahora sabemos que está aquí, entre nosotros...

Todas las miradas se vuelven hacia el cura.

Dani – ¿Padre...?

Tomás – Abandonaré mi parroquia... Me retiraré a un monasterio para expiar mis pecados. Les imploro a todos que me perdonen. Créanme, llevo treinta años viviendo con este peso y seguiré cargando con esta cruz hasta el final de mis días. Pero ya es un alivio para mí que las personas directamente afectadas conozcan por fin la verdad.

Una pausa.

Álex – Si me lo permiten, colocaré una placa con su nombre sobre la losa del panteón. Se lo debemos...

Luisa – Sí, por favor...

Álex – Lo haré yo misma mañana a primera hora. Naturalmente, nuestra empresa correrá con los gastos.

Cris – Un detalle comercial... Es lo menos que cabía esperar de la Funeraria Ventura, ¿no...?

Sam – En definitiva, solo se trata de terminar el trabajo...

Álex – Quienes lo deseen podrán recogerse unos instantes ante su tumba antes de que quede definitivamente sepultada bajo las aguas del embalse.

Manuel – Me ocuparé de que el llenado del embalse se retrase al menos un día.

Una pausa.

Luisa – Aunque todos estemos de acuerdo, propongo que volvamos a votar, para dar a esta decisión un carácter, si no oficial, al menos solemne...

Dani – ¿Quién está a favor de dejar esta tumba donde está? Lo cual implica también, por supuesto, que todos nos comprometamos a no revelar jamás a nadie lo que sabemos de este triste asunto...

Todos levantan la mano.

Luisa – La decisión está tomada. Por unanimidad.

Silencio.

Álex – Entonces, esta vez sí que es el final.

Cris – Sí... Cuesta imaginar que, cuando nos hayamos marchado, nadie volverá a pisar jamás las calles de Castelviejo.

Sam – El agua lo cubrirá todo, incluso los recuerdos.

Manuel – Pero este pueblo sumergido seguirá habitado por los fantasmas del pasado. Por todos los que vivieron aquí durante más de mil años.

Sam – Dentro de unos miles de años, unos arqueólogos descubrirán este lugar, como un día se descubrieron la cueva de Altamira o las ruinas de Pompeya, y se preguntarán qué ocurrió aquí.

Álex – Por qué está vacío el cementerio.

Luisa – Salvo por una única tumba.

Sam – Tarde o temprano, nuestro mundo también desaparecerá. Y con él, la historia de la humanidad.

Dani – Verdugos y víctimas. Todos desapareceremos.

Manuel – El recuerdo de nuestros actos heroicos y el de nuestros crímenes. Todo acabará borrándose.

Cris – Las mentiras y las verdades. Y ya no quedará nada.

Luisa – Ni una sola huella de nuestra existencia.

Tomás – A menos que la Providencia nos envíe una nueva arca de Noé.

Sam – Pero ¿de verdad sería deseable...?

Salen. El escenario permanece vacío durante unos instantes. Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad Francesa de Autores (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Patis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Los Turistas
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a la fieras
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
¡Tranquilo!

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Agosto de 2026

ISBN 978-2-38602-406-1

© La Comédiathèque
Obra descargable gratuitamente.